

de sus hábitos personales, de su modo de redactar sus planes y dictar sus órdenes, y añadía que todo el secreto de sus operaciones existía en una gran cartera negra, siempre custodiada por Mr. de Meneval ó por un ujier de confianza. Mr. de Meneval era incorruptible, pero no así el ujier, el cual pedía un millón de francos por la cartera. Insinuaba después el primer cónsul que en Francia no podía menos de haber algunas otras tramas además de la que dirigía Mr. Drake, y que era de suma importancia enterarse de ellas para no perjudicarse recíprocamente, sino por lo contrario ayudarse y servirse. Añadía finalmente, como en tono de revelación de suma trascendencia, que el verdadero proyecto de invasión tenía por objeto la Irlanda, que todo lo que se hacía en Boloña era una pura ficción, que se procuraba hacer lo más verosímil posible con la extensión y bulto de los preparativos; pero que en rigor nada había formal fuera de las dos expediciones preparadas en Brest y en el Texel (1).

Este culpable y poco avisado diplomático, que co-

(1) He aquí algunos extractos curiosos de las cartas dictadas por el mismo Bonaparte.

Al gran Juez.

9 brumario del año XII (1.º de noviembre de 1803).

Sería muy conveniente tener en Munich, cerca de Drake, algún agente secreto que llevase nota de todos los franceses que pasen á aquella ciudad.

He leído todos los informes que usted me ha enviado, y me han parecido de bastante interés. No es necesario mostrar premura en hacer prisiones: cuando el autor haya dado todas las noticias, se determinará con él el plan y se verá lo que convenga hacer. Deseo que escriba á Drake, y que para alentarle le diga que mientras llega la ocasión de poder dar el golpe decisivo, cree poder promoverse de varias notas que tiene el primer cónsul en la mesa de su mismo despacho secreto, relativas á su grande expedición, y escritas de su propio puño, así como de otros varios papeles importantes; que funda esta esperanza en un ujier del despacho que, habiendo sido miembro de la sociedad de los jacobinos y empleado hoy en la custodia del despacho del primer cónsul, y honrado con su confianza, pertenece sin embargo al comité secreto; pero que para esto se necesitan dos cosas: primera, que se le prometa la suma de cien mil libras esterlinas si verdaderamente entrega aquellos documentos tan importantes, escritos de propia mano del primer cónsul; segunda, que se envíe un agente francés del partido realista para suministrar los medios de ocultarse al referido ujier, que forzosamente sería aprehendido llegando á desaparecer papeles de tanta importancia.

Bonaparte no suele escribir casi nunca; dicta todo lo que se le ocurre, paseando de arriba abajo en su despacho, á un joven de veinte años, llamado Meneval, que es el único que entra en él, y que tiene acceso á las tres piezas contiguas. Este joven ha substituído á Burriene, á quien ha destituido el primer cónsul á pesar de conocerlo desde niño.

Meneval no es hombre capaz de que se espere de él cosa alguna.

... Pero las notas concernientes á los más grandes cálculos no las dicta el primer cónsul, sino que las escribe de su propio puño. Sobre su mesa hay una cartera grande, dividida en tantos compartimientos como ministerios: está hecha con grande esmero, la cierra el primer cónsul y cada vez que éste sale de su despacho la coloca Meneval en un armario que hay debajo de su mesa, de tapa corrediza y sujeto con tornillos en el pavimento.

Pudiera llegar á substraerse esta cartera; en cuyo caso, sólo caerían las sospechas sobre Meneval, ó sobre el ujier del despacho, que es el único que enciende la chimenea y cuida de su limpieza. Sería, pues, necesario que este ujier huyese. En dicha cartera debe hallarse todo cuanto el primer cónsul ha escrito hace muchos años, porque la lleva constantemente consigo cuando viaja, pasando sin cesar de París á la Malmaison y á Saint-Cloud. Allí deben estar todas las notas secretas de las operaciones militares, y ya que no pueda conseguirse destruir su autoridad, á no ser confundiendo

metía el doble yerro de comprometer las más sagradas funciones y de entrometerse tan torpemente en la policía, recibía todos estos pormenores con verdadera ansia, solicitaba otros nuevos, principalmente en lo concerniente á la expedición proyectada de Boloña, anunciaba que iba á consultar con su gobierno sobre el negocio de la cartera negra, por la cual pedían tan considerable suma; y en cuanto á las demás tramas de que se deseaba tener conocimiento para no obrar en opuesto sentido, decía, que aunque nada sabía de ellas (lo cual no podía ser más cierto), convenía estrecharse en caso de dar unos con otros, y tender todos juntos al mismo fin; porque importaba muy poco, añadía Mr. Drake, que derribase la fiera á éste ó aquél, *bastando sólo que todos estuvieran prontos á caer sobre la presa* (2).

sus proyectos, parece indudable que quedarían confundidos todos con la substracción de dicha cartera.

Al gran Juez.

París, 3 pluvioso del año XII (24 de enero de 1804).

Las cartas de Drake parecen muy importantes. Desearía que Méhéé en su próximo boletín dijese que el comité había celebrado mucho que Bonaparte pensase embarcarse en Boloña, pero que hoy es ya cosa averiguada y segura que todos aquellos preparativos son meramente falsas demostraciones, mucho menos costosas en realidad de lo que al primer aspecto parecen...: que todas las naves de la escuadrilla podrán utilizarse para los usos ordinarios. El mismo esmero que se emplea prueba que dichos preparativos son meramente amagos, y no un establecimiento permanente que se quiera conservar.

Que era forzoso reconocerlo, que el primer cónsul es demasiado astuto y tiene su autoridad por muy bien cimentada para intentar ahora una empresa dudosa comprometiendo una fuerza considerable. Su verdadero proyecto, por cuanto puede traslucirse de sus relaciones exteriores, es invadir la Irlanda con las dos escuadras de Brest y del Texel simultáneamente.

Nada se dice de la expedición del Texel, aunque se sabe que está dispuesta, y todo se vuelve hablar de los campamentos de Saint-Omer, de Ostende y de Flesinga. El gran número de tropas reunidas en forma de campamentos tiene un objeto político: mucho celebra Bonaparte tenerlas á la mano, y en tren de guerra, para hacer un cuarto de conversión y caer sobre la Alemania, si cree necesario para sus proyectos hacer la guerra continental.

Otra expedición decididamente resuelta es la de la Morea. Bonaparte tiene ya cuarenta mil hombres en Tarento, y hacia allí se va á dirigir la escuadra de Tolón, y espera además un ejército auxiliar de griegos muy considerable.

Es preciso que continúe siempre el negocio de la cartera, y decir que el ujier, para acreditarse, acaba de presentar varios trozos de cartas escritas por el mismo Bonaparte, y que por consiguiente se puede sacar de ese hombre gran partido, aunque pide mucho dinero. El proyecto está efectivamente en entregar esta cartera, en la cual pondrá el primer cónsul todas las noticias que deseé acreditar; pero para que den grande importancia á ese mueble es preciso que adelanten por lo menos cincuenta mil libras esterlinas.

Al ciudadano Real.

Malmaison, 28 ventoso del año XII (19 de marzo de 1804).

Ruego á usted envíe al ciudadano Maret la última carta de Drake para que la haga imprimir á continuación de la colección de documentos relativos á este negocio.

Ruego á usted también que extienda dos notas, una participando que el supuesto edecán del general no es más que un oficial enviado por el prefecto de Strasburgo, y otra descubriendo que lo del ujier era pura invención de la gente; que no hay tal ujier ni empleado alguno del gobierno capaz de venderse al oro corruptor de la Inglaterra. (N. del A.)

(2) Estas son las propias palabras empleadas por Mr. Drake: las cartas escritas de su puño fueron consignadas en el senado, donde se enseñaron á todos los agentes del cuerpo diplomático que quisieron verlas. (N. del A.)

A tan indigno papel osaba descender un agente vestido de un carácter oficial, y en tan odioso lenguaje se atrevía á expresarse.

Pero con nada de esto se conseguían las noticias que se buscaban; Drake ignoraba la gran conspiración de Jorge, cuyo secreto no se había divulgado, y en su ridícula confianza no se le había ocurrido hacer ninguna revelación útil. El primer cónsul continuaba en la persuasión de que los que habían concebido el proyecto de la máquina debían con mucho más motivo disponer alguna asechanza en las circunstancias actuales, y sorprendido de las muchas prisiones hechas en París, en la Vendée y en Normandía, dijo á Murat, que era á la sazón gobernador de París, y á Mr. Real, encargado de la policía:—De seguro los emigrados están tramando algo. Se han hecho muchas prisiones, y conviene ahora entregar algunos de los presos á una comisión militar, para que condenándolos ésta, hagan declaraciones antes de dejarse fusilar.—Esto sucedía entre el 25 y 30 de enero, durante las entrevistas de Pichegrú con Moreau, y cuando ya los conjurados empezaban á abandonarse á su desaliento. Pidió el primer cónsul la lista de las personas que habían sido aprehendidas; había en ellas algunos agentes de Jorge que habían llegado á París antes ó después de éste, y entre su número un antiguo médico de los ejércitos vandeos, que había desembarcado con el mismo Jorge en el mes de agosto. Después de examinar las circunstancias particulares de cada uno de ellos, designó el primer cónsul á cinco, diciendo:—O mucho me engaño, ó estos son hombres bien informados que no dejarán de hacer declaraciones.—Hacía tiempo que no se aplicaban las leyes dadas anteriormente, que permitían la institución de tribunales militares, porque durante la paz había querido el primer cónsul dejarlos caer en desuso; pero renovada ya la guerra, juzgó oportuno valerse de ellos, y especialmente para los espías que acudían á observar sus preparativos contra la Inglaterra, de los cuales había hecho prender, juzgar y fusilar á algunos. Los cinco individuos que designó fueron igualmente sujetos á formación de causa; dos de ellos salieron declarados inocentes; otros dos, convictos de crímenes que castigaba la ley con pena de muerte, fueron condenados, y se dejaron fusilar sin declarar nada útil, y sí únicamente que habían venido á Francia para servir en la causa del rey legítimo, la cual triunfaría en breve sobre las ruinas de la república. Profirieron además terribles amenazas contra el jefe del gobierno. El quinto, que según el primer cónsul era el destinado particularmente á descubrirlo todo, declaró en el momento de ser llevado al suplicio que tenía grandes secretos que revelar. Enviósele inmediatamente uno de los empleados más sagaces de la policía; lo confesó todo, declaró que había desembarcado en el mes de agosto en la costa de Biville con el mismo Jorge, y que habían venido juntos atravesando los bosques de albergue en albergue, hasta París, con objeto de matar al primer cónsul, intentando un asalto á viva fuerza contra su escolta. Indicó varios puntos donde habitaban los chuanes de la partida de Jorge, y particularmente á muchos expendedores de vino.

Esta declaración fué un verdadero rayo de luz. La presencia de Jorge en París era en alto grado significativa, pues mal podía haber residido seis meses semejan-

te personaje en la capital misma con una partida de sicarios para una tentativa de poca importancia. Sabíanse ya el punto de desembarco de la costa de Biville, la existencia de un camino de etapas por el interior de los bosques, y algunos de los asilos oscuros donde se ocultaban los conjurados. Una casualidad muy singular descubrió después un nombre, que sirvió como de hilo para averiguar las más graves circunstancias. Desembarcando en una época anterior ciertos chuanes en la misma costa de Biville, fueron atacados por unos gendarmes, y se trabó por ambas partes un tiroteo, de cuyas resultas se encontró el nombre de *Troche* en un pedazo de papel que había servido de taco. Era este Troche un relojero de Eu, y tenía un hijo de menor edad empleado precisamente en la correspondencia. Hizosele prender secretamente, y conducir á París; se le sometió á un interrogatorio, y declaró cuanto sabía. Confesó que él era el que iba á la costa de Biville á recibir á los conjurados, conduciéndolos después hasta las primeras etapas; refirió los tres desembarcos, cuya historia hemos narrado, el de Jorge en agosto, y los de diciembre y enero en que se hallaron Pichegrú, Mr. de Riviere y Polignac; pero no sabía ni el nombre ni la clase de los personajes á quienes había servido de guía; sabía solamente que en los primeros días de febrero debía verificarse en la costa un cuarto desembarco, siendo él, como de costumbre, el encargado de recibir á los nuevos viajeros.

Empezaron inmediatamente las investigaciones en la época indicada, y registráronse desde París hasta la costa todos los lugares señalados para descubrir los albergues que servían de asilo á los emigrantes viajeros. Empleóse gran vigilancia con los expendedores de vino denunciados por el agente de Jorge, y se hicieron en pocos días varias prisiones importantes, especialmente dos que esclarecieron en sumo grado el negocio. Fué primeramente aprehendido un joven llamado Picot, criado de Jorge y faccioso intrépido, el cual, armado de pistolas y puñales, disparó contra los agentes de la policía, y no se entregó sino en el último extremo, declarando que quería morir por la causa de su rey. Con éste fué aprehendido un tal Bouvet de Lozier, oficial principal de Jorge, que se entregó sin provocar tumulto y manifestando más serenidad.

Iban estos armados como facinerosos, dispuestos á cometer los mayores crímenes, y además de las armas que llevaban consigo, tenían sumas considerables en oro y plata. Al principio parecían entregados á la mayor exaltación de ánimo, pero después se serenaban y concluían haciendo sus declaraciones. Así sucedió con Picot, el cual, preso el 8 de febrero (18 pluvioso), no quiso al principio desplegar los labios, y después poco á poco fué haciendo sus confesiones. Declaró que había venido de Inglaterra con Jorge, que estaba con él hacía seis meses en París, y no disfraizó el motivo de su viaje á Francia. La presencia de Jorge en París para un designio de suma importancia no podía pues ser ya dudosa; pero nada más se sabía, porque Bouvet de Lozier no declaraba cosa alguna. Era éste muy superior á Picot en educación y en maneras. En la noche del 13 al 14 de febrero llamó de repente á su carcelero; había tratado de ahorcarse, y no pudiéndolo conseguir, entregado á una especie de delirio, pidió que se le recibie-

sen las declaraciones que tenía que hacer. Refirió entonces este desgraciado que antes de morir por la causa del rey legítimo, quería quitar la máscara á un pérfido que había precipitado en el abismo á unos hombres de corazón comprometiéndolos inútilmente, é hizo en seguida á Mr. Real, que le escuchó confundido y atónito, la más singular revelación. Hallábase en Londres, le dijo, cerca de sus príncipes, cuando envió Moreau á Pichegrú uno de sus oficiales ofreciendo ponerse al frente de un levantamiento en favor de los Borbones, y prometiendo decidir al ejército entero con su ejemplo. Con esta noticia se pusieron todos en camino, acompañados de Jorge y del mismo Pichegrú, para cooperar á dicha revolución. Al llegar á París, Jorge y Pichegrú fueron á ver á Moreau para ponerse con él de acuerdo, y éste entonces cambió de lenguaje y pidió que se diera al primer cónsul para hacerse en su lugar dictador. Jorge, Pichegrú y sus afiliados rechazaron semejante proposición, y la funesta demora que originaron las pretensiones de Moreau fué causa de que recayeran sobre ellos las sospechas de la policía. Añadía éste trágico declarante que *venía escapado de las sombras de la muerte* para vengarse y vengar á sus amigos del hombre que había sido causa de su perdición (1).

(1) Citaremos la declaración textual de Bouvet de Lozier. Este documento, como todos los otros relativos á la conspiración de Jorge que citaremos en lo sucesivo, está sacado de una colección en ocho volúmenes en 8.º, que lleva por título:

CAUSA INSTRUIDA POR EL TRIBUNAL DE JUSTICIA CRIMINAL Y ESPECIAL DEL DEPARTAMENTO DEL SENA, RESIDENTE EN PARÍS, CONTRA JORGE, PICHEGRÚ Y CONSORTES, ACUSADOS DE CONSPIRACIÓN CONTRA LA PERSONA DEL PRIMER CÓN- SUL. PARÍS, C.-F. PATRAS, IMPRESOR DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA CRIMINAL, 1804. (EJEMPLAR DE LA BIBLIOTECA REAL.)

Declaración de Atanasio Jacinto Bouvet de Lozier ante el gran juez, ministro de Justicia. — Tomo II, pág. 168.

Un hombre que sale de las puertas de la tumba, envuelto aún en las sombras de la muerte, pide venganza contra los que pérfidamente le han precipitado á él y á su partido en el abismo en que ahora se encuentra.

Enviado á sostener la causa de los Borbones, se ve obligado á combatir por Moreau ó á renunciar á una empresa que era el único objeto de su misión.

MONSIEUR (*) debía pasar á Francia para ponerse á la cabeza de un partido realista; Moreau prometía unirse á la causa de los Borbones. Vinieron los realistas á Francia, y Moreau faltó á su palabra.

Propúsoles conspirar en su provecho, y hacerse nombrar dictador. Mi acusación no se apoya quizá en una prueba plena; sin embargo, he aquí los hechos; vos los apreciaréis.

Un general que había servido á las órdenes de Moreau, llamado Lajolais, pasó á Londres por su orden á ver al príncipe. Servía de medianero Pichegrú: Lajolais se adhirió en nombre de Moreau á los puntos capitales del plan propuesto.

Dispuso el príncipe su viaje; aumenta en Francia el partido realista, y en las conferencias que se celebran en París, entre Moreau, Pichegrú y Jorge, descubre el primero sus intenciones, y declara que no empleará su brazo por un rey sino por un dictador.

Nace de aquí la incertidumbre, la disensión y el aniquilamiento casi total del partido realista.

Lajolais se hallaba con el príncipe á principios de enero de este año, según he sabido por Jorge.

Pero yo mismo he presenciado el día 17 de enero su llegada á la Poterie al día siguiente de su desembarco con Pichegrú por la vía de nuestra correspondencia, que os es harto notoria.

(*) Este título lleva en Francia el heredero presuntivo de la corona, hermano ó hijo mayor del rey.

De manera, pues, que una acusación terrible pesaba sobre Moreau, abortada por un suicidio interrumpido; acusación muy exagerada por la desesperación; pero que, sin embargo, revelaba todo el conjunto de una trama. Atónito Mr. Real, corrió á las Tullerías, y encontró, como de costumbre, al primer cónsul madrugando para entregarse al trabajo. Estaba vistiendo al primer cónsul aún su ayuda de cámara Constant, y al decir las primeras palabras Mr. Real, le tapó aquél la boca con la mano, le hizo callar, y se cerró solo con él para oír su relación. No pareció sorprendido; sin embargo, rehusó dar crédito por entero á la declaración concerniente á Moreau. Muy bien comprendía el proyecto de reunir contra él á todos los partidos, y de emplear á Pichegrú como medianero entre los realistas y los republicanos; pero antes de creer á Moreau culpable quería que se confirmase debidamente la presencia de Pichegrú en París. Si con nuevas declaraciones podía disiparse toda duda sobre este punto, el vínculo entre los realistas y Moreau quedaba establecido, y se podía directamente interrogar á éste. No profirió el primer cónsul en esta ocasión ni una sola frase de cólera ó de venganza; antes al contrario, más parecía poseído por la curiosidad y la reflexión que por la cólera.

Se pensó interrogar de nuevo á Picot, el criado de Jorge para saber si tenía conocimiento de la presencia de Pichegrú en París. Se le tomó declaración aquel mismo día, y tratándole con mucha dulzura se logró por fin que se franquease enteramente declarando todo lo relativo á Pichegrú y á Moreau. Estaba éste menos enterado que Bouvet de Lozier; pero lo que sabía era quizá de más importancia, por cuanto de ello resultaba que la desesperación producida por la conducta de Moreau había cundido hasta los últimos conjurados. Por lo tocante á Pichegrú, declaró haberle visto positivamente en París pocos días antes, y aun afirmó que estaba todavía allí. Por lo que respecta á Moreau, contó que había oído á los oficiales de Jorge expresar el mayor sentimiento por haberse dirigido á este general, que por sus ambiciosas pretensiones estaba á punto de echarlo á perder todo (2).

Ví también al mismo Lajolais el 25 ó 26 de enero, cuando fué á buscar á Jorge y á Pichegrú al coche donde nos hallábamos juntos, en el baluarte de la Magdalena, para acompañarlos al sitio, poco distante de allí, donde Moreau los esperaba. Tuvieron en los campos Elíseos una conferencia que nos hizo ya presagiar la propuesta que hizo abiertamente Moreau en la otra entrevista que celebró con Pichegrú solo, á saber, que no era posible reponer en su trono al rey. Propuso se le pusiera á él al frente del gobierno con el título de dictador, sin dejar á los realistas más parte que la que les cupiera por el carácter de colaboradores y soldados suyos.

Ignoro qué peso tendrá en vuestro ánimo el aserto de un hombre libertado hace una hora de la muerte que se dió por su propia mano, y que tiene ante sus ojos la que reserva un gobierno ofendido.

Pero no puedo contener el grito de la desesperación, ni dejar de acusar al hombre que la ha causado.

Además podréis hallar hechos conformes con lo que yo asevero en la continuación de esta importante causa en que estoy complacido.

Firmado.—BOUVET.

Ayudante general del ejército real. (N. del A.)

(2) *Extracto de la segunda declaración de Luis Picot ante el prefecto de policía, en 24 pluvioso del año XII (24 de febrero, á la una de la noche).—Tomo II, pág. 392.*

Aclarados estos hechos en todo el día 14, convocó el primer cónsul inmediatamente un consejo secreto en las Tullerías, compuesto de sus dos colegas Cambaceres y Lebrún, de los principales ministros, y de Mr. Fouché, el cual, á pesar de no ser ya ministro, tenía gran parte en aquella información. Se celebró el consejo en la noche del 14 al 15; la cuestión reclamaba un maduro examen. La conspiración era de una evidencia incontestable. El proyecto de asaltar al primer cónsul con una partida de chuanes capitaneada por Jorge, no dejaba la menor duda; también aparecía cierta la cooperación de todos los partidos, republicanos ó realistas, por la presencia de Pichegrú que había servido de intermedio entre unos y otros. Por lo tocante á la culpabilidad de Moreau, era difícil caracterizarla; pero, sin embargo, ni Bouvet de Lozier en su desesperación, ni Picot en su candoroso lenguaje de subalterno, podían haber inventado la circunstancia singular del daño irrogado al partido realista por las miras personales de Moreau. Era evidente que si no se prendía á éste mientras continuara la instrucción, siempre sería denunciado á cada paso; que estas denuncias se propalarían, y que entonces parecería enteramente ó que se le calumniaba con perfidia, ó que se le temía, y que no había valor para perseguir á un criminal, porque este criminal ocultaba al segundo personaje de la república.

Esta era para el primer cónsul la consideración decisiva, porque nada costaba más á su orgullo y á su política que dejar poner en duda la firmeza de su gobierno.—Dirían, exclamó, que yo temo á Moreau. No será así; he sido el más clemente de los hombres, pero seré el más terrible cuando cumpla serlo, y castigaré á Moreau como á otro cualquiera, puesto que entra en asechanzas odiosas por su objeto y vergonzosas por las relaciones que suponen.—No titubeé, pues, un instante en decidir el arresto de Moreau. Otra razón, y muy urgente, había además para hacerlo así. Jorge y Pichegrú no habían sido aprehendidos; fuéronlo solamente tres ó cuatro cómplices suyos, pero toda la hueste de los conjurados se había substraído hasta entonces á la policía, y era muy posible que el temor de ser descubiertos los decidiera á precipitar la tentativa que los había traído á Francia. Convenía por esto apresurar la instrucción y apoderarse de todos los jefes que había medio de prender, con lo cual debían inevitablemente hacerse nuevos descubrimientos importantes. Resolvióse, pues, inmediatamente arrestar á Moreau, y con él á Lajolais y otros fautores, cuyos nombres fueron declarados.

Ha declarado:

Que los jefes echaron suertes sobre quién había de acometer al primer cónsul;

Que se proponen substraerle si le encuentran en el camino de Bolofna, ó asesinarle presentándole una petición en la parada ó cuando vaya al teatro;

Que cree positivamente que Pichegrú está, no sólo en Francia, sino en el mismo París.

Extracto de la tercera declaración de Luis Picot, en 24 pluvioso (14 de febrero). — Tomo II, pág. 395.

Ha declarado:

Que Pichegrú ha llevado constantemente el nombre de Carlos, y que así le ha oído llamar repetidas veces.

Que ha oído hablar con frecuencia del general Moreau, y que los jefes han repetido delante de él muy á menudo que sentían que los príncipes se hubieran servido de Moreau para aquel negocio; pero que ignora cuándo ha visto Jorge á Moreau. (N. del A.)

El primer cónsul estaba colérico, pero no precisamente contra Moreau, y su aspecto era más bien el de un hombre que trata de asegurarse que el de un hombre que anhela la venganza. Quería tener á Moreau en su poder, convencerle, obtener de él los esclarecimientos que había menester, y en seguida perdonarle: y juzgaba que salir de esta materia sería poner el colmo á su habilidad y á su fortuna.

Faltaba decidir á qué jurisdicción debía pertenecer aquella causa. El cónsul Cambaceres (1), muy entendido en la jurisprudencia, demostró el peligro de dejar un negocio de aquella naturaleza al resorte del fuero ordinario, y propuso que, ya que Moreau era militar, se le enviase ante un consejo de guerra compuesto de los personajes más calificados del ejército. Así lo autorizaban las leyes existentes; pero se opuso el primer cónsul.—Se dirá, añadió éste, que he querido deshacerme de Moreau y hacerle asesinar judicialmente por mis propias hecuras.—Por lo cual, buscando un término medio, imaginó el de poner á Moreau á disposición del tribunal criminal del Sena, haciendo que, usando de la prerrogativa que concedía la Constitución de suspender el jurado en ciertos casos, y en determinados departamentos, se pronunciasse inmediatamente la suspensión para el departamento del Sena. He aquí un error cuyo principio era digno y honroso. El público consideró la suspensión del jurado como un acto tan riguroso como hubiera podido serlo el nombramiento de una comisión militar, y el primer cónsul, sin atribuirse el mérito de haber respetado las formas de la justicia, se atrajo todos sus inconvenientes, como veremos en breve. Resolvióse además que el gran juez Regnier redactaría un informe sobre la conspiración que acababa de descubrirse y los motivos de la prisión de Moreau, y que este informe se comunicaría al senado, al cuerpo legislativo y al tribunal.

Duró el consejo la noche entera. A la mañana siguiente (15 de febrero) se envió un destacamento de gendarmes escogidos, acompañados de ministros de justicia, á la casa que habitaba Moreau. No le encontraron en ella, y se encaminaron hacia su quinta de Grosbois. Halláronle en el puente de Charentón volviendo á París; le prendieron sin ruido, con toda clase de miramientos, y le condujeron al Temple. Fueron aprehendidos al mismo tiempo Lajolais y los oficinistas que habían servido de medianeros.

El mensaje que contenía el informe de Regnier fué presentado aquel mismo día al senado, al cuerpo legislativo y al tribunado, produciendo un asombro doloroso entre los amigos del gobierno, y una especie de júbilo maligno entre sus enemigos más ó menos declarados, de los cuales quedaban aún algunos en las grandes corporaciones del Estado. Según éstos, todo era una invención de la policía, una maquinación del primer cónsul, que quería deshacerse á toda costa de un rival enojado, y restablecer su popularidad comprometida, inspirando inquietudes sobre la conservación de sus días. Como suele suceder siempre en semejantes circunstancias, se apoderó de aquel hecho la maledicencia, y en vez de la *conspiración de Moreau*, dió la sátira

(1) Repetimos aquí el testimonio del mismo Cambaceres.

(N. del A.)